

## Alejandro Corujeira

Buenos Aires, 1961

Tras finalizar sus estudios en la Escuela de Bellas Artes de Buenos Aires y mostrar su obra inicial en el contexto latinoamericano, viaja a Madrid en 1991, ciudad en la que establece su residencia habitual hasta la actualidad. Una **pausada** inserción en el circuito artístico español dio paso a un reconocimiento paulatino durante los años noventa a través de la Galería May Moré, para llegar a consolidarse como singular creador de la abstracción posmoderna desde 2002, año en el que comienza a ser representado por la Galería Marlborough, a la que permaneció vinculado durante casi una década. Una constante búsqueda y renovación de registros y códigos le permitieron completar su formación académica a través de becas y residencias, en lugares como la Academia de España en Roma (1997), con la Beca Yadoo en Saratoga Springs, Nueva York (2002), o en la Joseph Albers Foundation de Bethany, en **Connecticut, Estados Unidos** (2004). Además de participar en numerosas exposiciones colectivas, su obra ha podido verse a nivel individual en centros y galerías de diversos países de América, como en la Galería Juan Martín, México (1989 y 1991), en las galerías de Miami Elite Fine Art, Coral Gables (1990-2001) y Alejandra von Hartz (2013), en el Museo de Arte Contemporáneo de Panamá (1993), en el Museo de Arte Contemporáneo Sofía Ímber de Caracas (1996) o, más recientemente, en la Galería Marlborough de Nueva York (2009). En España importantes muestras individuales han marcado su trayectoria artística, como las celebradas en La Caja Negra, Madrid (2001), en el Espacio Uno del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía (2002), en el IVAM, Valencia (2006), en la Galería Marlborough de Madrid (2003, 2005, 2006 y 2008), en el Museo Barjola, Gijón (2010), o en la Casa de Iberoamérica, Cádiz (2014). En los últimos años sus pinturas han sido expuestas en ARCO Madrid por la Galería Dan de São Paulo. Entre los premios obtenidos merecen mención el Premio Todisa (2002) y el Obra Abierta de Caja Extremadura (2011). Sus trabajos forman parte de colecciones de instituciones y museos de ámbito internacional, como la colección Patricia Phelps de Cisneros de Nueva York, el Jack S. Blanton Museum of Art de Austin, Texas, la Colección Banco de España o los fondos del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.

## ***El mundo no ha huido todavía***

- Miguel F. Campón -

Nadie puede ocultar por mucho tiempo la desteñida biblioteca del corazón. A nadie le es posible mantenerse despierto en las citas puntuales de la vigilia, como si el pensamiento fuera un metrónomo de coincidencia con la verdad. Es mejor reconocer que las líneas pueden desvanecerse como la ceniza, el abecedario y las nubes, que las experiencias pueden ser borradas como cardiogramas de ausencia, o que las palabras pueden cruzar, con la lentitud del equilibrista, al otro lado, sobre pentagramas tendidos en la nada.

Alejandro Corujeira lo sabe. Conoce que cada cotidianidad escribe su partitura en indicaciones abiertas semejantes a neumas musicales. Sabe que el instante sólo se deja aconsejar por ritmos y arritmias hermanados con una existencia naciente. En ella los habitantes de la soledad han recibido la infantil llamada del lenguaje. Un secreto que es preciso escuchar. Para este particular creador todo sucede en la pequeñez de un dialecto poético medido, cuando estamos ajenos a los metalenguajes de la síntesis y a la moderna abstracción racionalista. Toda zona de posibilidad abierta por la historia es para Corujeira, como la abstracción y sus nombres, un iglú luminoso del sur desde el que salir a pasear por horas de resonancias debilitadas, por cruces de caminos donde rencuentra, como a personajes de un teatro de sombras, algunos amigos del silencio, como John Cage, Agnes Martin, Richard Tuttle, Morton Feldman, Mark Rothko, Cy Twombly, Henri Michaux o Giorgio Griffa. Pero los rastros de su tránsito no pueden ser destruidos en su singularidad por la repetición. Los mil rostros del otro inauguran un espacio de acogimiento que quiere ser ensanchado, renombrado, vivido. Todas las cosas ciertas de la historia en el color incierto del relato.

En Corujeira la verdad ha dejado de ser objetividad o espejo de la naturaleza para instituirse como un acontecimiento que la belleza trae desde el país de la ignorancia y el olvido. En su voz acallada recibimos, sin querer, los regalos velados del descultamiento. Corujeira habla igual que callan las estrellas de un cielo que medita: el mundo no ha huido todavía. Los ojos, los dedos, la palabra, las manos, todo lo existente descansa porque pertenece a otro plano, el de lo no-dicho y lo no-pensado. El mundo no ha huido todavía, no lo ha hecho, porque en cada paso el azar lo hace retornar a su propia suerte, allí donde se celebra, por la comunidad que reconoce la discreción de la alegría, un avanzar del espacio, del tiempo y de la huella. Podrían leerse sus obras desde el Heidegger que vacía la metafísica de la subjetividad para redefinir el pensamiento como lugar de la poesía, trazando, a partir de un entrecruzamiento etimológico, una analogía entre filosofía y pintura: pensar-pintar

(*Denken*), pintar-agradecer (*Danken*), agradecer-recordar (*Andenken*), y en el guion que une y separa la diferencia, la extraña amistad de una ventana minúscula abierta hacia el deshielo de la respiración. Los guiones son también líneas, escrituras, que optan por disolverse como tinta sin método que sonrío en la nieve.

Hay un modo de mirar, un amanecer en miniatura, una música de comas y pétalos sin tacto, que vibran en una simpatía de percepción y mundo. Los ojos que siguen la línea desembocan en otro infinito. Al fondo las raíces del ser aprenden el idioma fluido de los juegos. Como si la gramática fuera la tiza que se desprende de las pizarras de una luz indivisible. Sólo una hoja de papel separa el estar del poetizar. Escribir sobre ella es recibir una zona accesible de rememoración. Es, junto a la paciencia contramoderna nietzscheana, un *dejar-que-las-cosas-se-nos-aproximen* cuando esperábamos el envés de la noche, hasta escribir una carta a lo más amado, sobre una radiografía austera manchada de sensibilidad y desbordamiento.

El mundo no ha huido todavía. Ha preferido la amistad de los trazos y el color. Ha optado por aceptar su invisible reflejo en el fondo del lienzo. Conjugan las declinaciones inexactas de los extremos inexactos. La mitad de la simetría duerme en el bosque (derridiano) de los ecos. El color ha caminado hacia el inicio, las líneas han caminado hacia el inicio, como si quisieran ser el aire que circunda el rostro asimétrico del sueño. Distinguir y diferenciar en lo indistinguible e indiferenciable el biorritmo escondido de las constelaciones, para construir un planeta de silencio donde reencontramos con la des-composición de nuestro nacimiento.

Descolgamos la piel de la niebla. El viento arrastra el pigmento de las cosas preferidas hacia su área de mundanidad. Alejandro Corujeira comienza la danza de los signos, su pensar inicial. El mundo no ha huido todavía.